

SAN JOSE, COSTA RICA

15 Junio de 1912

Año II



Núm. 35

# RENOVACIÓN

PUBLICACION QUINCENAL

Sociología - Arte - Ciencia

R. FALCO, Editor.

Administración: 7ª Av. Este, 247

APARTADO 638

San José de Costa Rica

CONDICIONES:

Costa Rica (trimestre) ₡ 1.00

Extranjero (semestre) \$ 1.00 oro am.

ABONO ANTICIPADO

## SUMARIO

- El "Quijote" revolucionario. *Anselmo Lorenzo*  
Historia de las ideas morales. *Paul Gille*  
Ayer, hoy, mañana. .... *Carlos Vaz Ferreira*  
Para hacer reflexionar..... *Varios*  
El personaje reinante..... *Zeda*  
Sabiduría de niños - La religión ..... *León Tolstoi*  
El valor alimenticio de los dulces ..... *Adoptado*  
De todo y de todos..... *E. J. R.*

**20 cénts.**

SAN JOSE, COSTA RICA  
Imprenta Alsina

## Acusando recibo

*Educación Sociológica.*—Es una interesante revista mensual de educación racional que se publica en Montevideo (182, calle Durazno). Con gusto la recomendamos a nuestros suscriptores. En otro lugar reproducimos uno de sus artículos. Aquí hacemos nuestra la siguiente de sus notas sueltas:

«Hoy es el gobierno italiano; ayer lo eran otros. No conforme con mandar al matadero a los que no se saben rebelar, se otorgan premios al que comete más crímenes. Sí, al que comete más crímenes en provecho de gobernantes y capitalistas haraganes; de esos crímenes que ellos llaman actos heroicos.

La cárcel se ha construído para el que mata con causa: por necesidad, por odio, por venganza. La condecoración es para el que mata sin motivos y sin conocer al «enemigo».

¡Civilización!

¡Lo que es no estar al tanto de ciertas cosas! Nuestros grandes diarios nos dan noticias «de todo el mundo», y sin embargo ¡cuánto ignoramos!

De la importante revista *L'Università Popolare*, que se edita en Milán, transcribimos:

«En Milán los magistrados condenan a meses de reclusión a pacíficos ciudadanos culpables de haber gritado «abajo la guerra». En Bologna se intenta sofocar la voz de socialistas y anarquistas con la supresión ilegal de

la prensa y con los arrestos en masa de los que están creídos de que tienen derecho de manifestar públicamente su opinión contra la guerra. En Nápoles se persigue también a la prensa de oposición y se hacen procesos colosales contra los refractarios a la dictadura giolittiana. Recientemente en Vigevano parejas de jóvenes libertarios fueron condenados por aquel tribunal, a la pena de «un año y medio» de reclusión, únicamente por haber tomado parte en una manifestación pacífica contra la guerra de Trípoli!»

Conste, pues, que el pueblo consiente de Italia, no quiere guerras inútiles. Mientras tanto, el gobierno mantiene la guerra contra los turcos y contra los hombres humanos de su propio país».

Los compañeros que editan

# ¡TIERRA!

de la Habana, nos han remitido 10 ejemplares para la venta. Número suelto 5 céntimos.

**RECOMENDAMOS  
REGENERACION — ¡TIERRA!  
TIERRA Y LIBERTAD**

**ALBUM RENOVACION.**—Tenemos en venta interesantes tarjetas postales fotográficas, con retratos de hombres célebres. Cada serie vale 2 colones y consta de 10 tarjetas. Está ya lista la primera serie: Eliseo Reclus, Emilio Zola, Francisco Ferrer, Anselmo Lorenzo, Luisa Michel, Miguel Bakunin, Sebastián Faure, Pedro Gori, Agustín Hamon, Manuel Ugarte.

Los pedidos deben ir acompañados del importe. Extranjero: 1 dolar oro am.

**El primer tomo de "RENOVACION"**—Empastado con sencillez, pero con buen gusto, ofrecemos a nuestros lectores el primer tomo de **RENOVACION**. Precio de la encuadernación: en San José, ₡ 1.10. En provincias: ₡ 1.25.

El precio del primer tomo en el extranjero es de 3 dollars oro americano.

# ALBUM RENOVACION

**COMPRE la colección de postales fotográficas**

San José, Costa Rica

15 Junio de 1912

# RENOVACIÓN

SOCIOLOGÍA - ARTE - CIENCIA

Año II

Ricardo Falcó Mayor, Editor

Núm. 35

## El "Quijote" revolucionario

III

### Idealismo y Realismo

Frescas aun en la mente de Sancho las promesas de su señor, en cuanto vió terminada la pendencia con el vizcaíno, le pidió de rodillas la ínsula ganada en aquella feliz aventura. Don Quijote, con toda la sensatez de un loco que trata de persuadir razonablemente a un cuerdo que se sale de quicio, le recomendó que tuviera paciencia, porque aquella aventura y las a ella semejantes no eran de ínsulas, sino de encrucijadas, en las que no se gana otra cosa que sacar la cabeza rota o una oreja menos; otras se presentarían en las que, no sólo podría hacerle gobernador, sino más aun, y así el buen escudero quedó contento y agradecido.

Tengo este pasaje quijotesco por uno de los más culminantes para mi asunto.

Otro que no le va en zaga es aquel en que, saliendo don Quijote por tercera vez a sus aventuras, discurre con Sancho, y ambos elevan el utilitarismo a las alturas de una vida eterna. Para don Quijote, «los caballeros andantes más hemos de atender a la gloria de los siglos venideros, que es eterna en las regiones etéreas y celestes, que en la vanidad de la fama que en este presente y acabable siglo se alcanza, la cual fama, por mucho que dure, se ha de acabar con el mismo mundo, que tiene su fin señalado.» Mientras que Sancho, considerando que vale más

resucitar a un muerto que matar a un gigante; que es mejor la fama del santo que resucita muertos y hace otros milagros, que la de cuantos emperadores gentiles y caballeros andantes ha habido en el mundo, quiere «que nos demos a ser santos, y alcanzaremos más brevemente la buena fama que pretendemos.»

No pueden tomarse muy al pie de la letra estas aspiraciones de caballero y escudero; porque si bien don Quijote declara que los caballeros andantes «hemos de matar, en los gigantes, a la soberbia; a la envidia, en la generosidad y buen pecho; a la ira, en el reposado continente y quietud del ánimo; a la gula y al sueño, en el poco comer que comemos, y el mucho velar que velamos; a la lujuria y lascivia, en la lealtad que guardamos a las que hemos hecho señoras de nuestros pensamientos; a la pereza, con andar por todas las partes del mundo buscando las ocasiones que nos puedan hacer y hagan, sobre cristianos, famosos caballeros,» ya en su segunda salida, olvidando que los bienes terrenos y perecederos son pesada impedimenta para una vida destinada a las sublimidades idealistas, porque donde está tu tesoro allí está tu corazón, había encargado a Sancho que llevase alforjas, y se había provisto de dinero, camisas limpias y demás cosas que pudo, siguiendo el consejo de aquel ventero que le

armó caballero, que era, no doctor en teología, sino licenciado en todo género de picardías, por lo que se había dado a conocer por cuantas audiencias y tribunales había en casi toda España. Y en cuanto a Sancho, por más que reconoce que «más alcanzan con Dios dos docenas de disciplinas que dos mil lanzadas, ora las den a gigantes, ora a vestiglos o a endriagos», patente es la marrullería con que trató el asunto de los azotes del desencanto de Dulcinea.

Paréceme, y no lo afirmo categóricamente porque prefiero que el lector lo afirme o lo niegue por cuenta y responsabilidad propias, que la división de los hombres en idealistas y realistas es uno de tantos convencionalismos corrientes; y tal vez no sea forzar demasiado el pensamiento de Cervantes, ver en los pasajes citados el intento de demostrar que si idealista quiere decir hombre separado de la realidad por la imaginación, y realista, el utilitario que se atiene exclusivamente a lo práctico y positivo, uno y otro son utilitarios que desconocen la realidad y quieren acomodarla a sus deseos y aspiraciones; cada uno por su parte es idealista y realista en una pieza, porque ambos, por ilustrados y experimentados que puedan ser, son aun ignorantes respecto de la extensión del propio ser, y más aun de la del medio natural en que nacen, viven y mueren; siendo en esto lo cierto, que hay hombres cuya mentalidad está dominada por la inteligencia y dan a los más arduos problemas apariencias de solución, y otros que sólo piensan en las necesidades inferiores, sin que a ninguno de los dos les salga la cuenta.

Forzado a volver al tema de las interpretaciones, que no pude agotar en mi artículo anterior, encuentro este pensamiento de Echegaray, enunciado en su discurso de recepción en la Academia Española: «No se propuso Cervantes, según ciertos críticos, pintar el eterno conflicto entre la realidad impura y el soñado idealismo; ni es de creer que sobre preconcebidos

planes de profundos problemas trazase las inmortales páginas del *Quijote*; pero lo que él acaso no se propuso, resultó por sublimes caprichos de la inspiración; que grandes obras, sin un alma grande que las inspire, no existen: lo que sí concedo es que en la generación artística, como en toda generación, lo ajeno a la voluntad entra por mucho, y que quien pone en aperturas de alumbramiento a un monte, engendra un ratoncillo, y a veces sin más pretensiones que el placer de unos instantes se engendra un genio». A cuyo pensamiento contestó en el mismo acto Castelar con este otro: «Lo sumo del arte se halla en quien sabe, como Cervantes, pintar un tipo de lo eternamente ideal y otro tipo de lo eternamente real; en quien pone, como Calderón, junto a un pensador como Segismundo, un gracioso como Clarín; en quien, a manera de Montañés, por sabio estudio anatómico, esculpe un cuerpo animal de joven hermoso en el Crucificado, y luego con el espejo ustorio de su inspiración religiosa coge del cielo y concentra sobre cara y cabeza, donde comienza el alma, un rayo de la divinidad».

Bellezas literarias graciosas y alegres mariposas que revolotean alrededor de la ardiente luz de genio, que se destruyen con su contacto o pasan y se alejan dejándole intacto e impeccedero. Con tanto saber, los que saben lo que les enseñan sus maestros y aplican a la obra genial la medida de esos conocimientos, que, entre las verdades puramente tales y fijas llevan el bagaje de todos los prejuicios y de todos los errores tradicionales con que el humano afán de saber ha suplido siempre la verdad no descubierta, no pueden juzgar la obra del genio intuitivo, del precursor, del que es capaz de saber sin estudiar y aun sin darse cuenta de que sabe, o que, partiendo de un principio sólo accesible al genio, se extiende a sublimes generalizaciones en virtud de una lógica que es al común de las gentes lo que el álgebra para el sal-

vaje que cuenta con los dedos. Bien puede aplicarse a esos tales el cuento de aquella viuda hermosa y rica, de que habla don Quijote en el capítulo XXV de la primera parte de su historia, que, enamorada de un joven motilón y rollizo, la reprendió su mayor, porque, siendo tan principal se había enamorado de un hombre tan soez, teniendo a mano tantos maestros, presentados y teólogos donde podía escoger como entre peras, a lo que respondió la interesada con doñaire y desenvoltura: vuestra merced está muy engañado y piensa muy a lo antiguo si piensa que he escogido mal en fulano, por mal que le parece, pues para lo que yo le quiero, tanta filosofía sabe y más que Aristóteles.

En efecto, ¿qué saben los engañados críticos, que piensan tan a lo antiguo, para qué quería Cervantes ese hombre formado de dos mitades llamadas don Quijote y Sancho?

Me parece digno de ser conocido y que encaja aquí perfectamente el juicio de Laurent Tailhade sobre Cervantes, manifestado con motivo del proyecto de la erección de una estatua en París al autor del *Quijote*.

Dice así:

«La grandeza de Cervantes es sólo comparable a la de don Quijote. Por los ásperos caminos de la locura y del dolor va el verdadero hidalgo, el esforzado guerrero, el generoso adalid, a la más gloriosa conquista, a una victoria que excede mucho en mérito a lo que él mismo pudo soñar del Cid y del sin par Amadis de Gaula. Don Quijote, antes de morir, comprende la significación verdadera del mundo y de la vida, y les perdona, porque sus idealismos invencibles y aquel sublime ridículo que envolvió su existencia, le preservaron de los contactos que avergüenzan y deshonoran y dejaron libre y majestuosamente erguida su orgullosa dignidad.

No hay libro más español que *Don Quijote*; ni tampoco le hay más humano: es todo un manantial inagotable.

El siglo XVII no le comprendió; el

XVIII supuso que serviría de pantalla a pensamientos y sentimientos que no podían declararse brevemente; corresponde a nuestro tiempo, tan prendado de la realidad y tan embrutecido por el dinero y los negocios, descubrir el hidalgo de Cervantes.

El Caballero de la Triste Figura cabalga sobre un rocín asmático, que amolda su paso al del rucio de Sancho; vomita el bálsamo de Fierabrás, destroza los monigotes de Ginesillo y derrama a pinchazos el vino del ventero. Sin embargo, es el más grande y el más puro de todos los caballeros, más noble que los servidores del Graal o que los pares de la Tabla Redonda, puesto que, a través de la irrisión y de los golpes, y a pesar de la vejez y de las injurias, liberta los galeotes, socorre a los oprimidos y con su espada magnánima hostiga el hocico de los leones».

Al terminar me ocurre la duda de que tal vez el lector, —a quien no deseo ver comprendido entre los que, no siendo capaces de las nobles locuras de don Quijote; ni de los razonables egoísmos de Sancho, tienen clasificación apropiada en la categoría de personajes que comprende desde el mozo cruel de los mercaderes toledanos hasta los parásitos duque y duquesa,—no encuentre justificado el título general dado a este escrito. Por si acaso, digo en mi defensa. Reclus, anarquista considerado como eminencia científica, dice en su gran libro *El Hombre y la Tierra*: «toda evolución en la existencia de los pueblos proviene del esfuerzo individual,» y Cervantes, después de poner en la cumbre de la justicia y de la felicidad humanas la comunidad de bienes y la participación de todos y de todas en el patrimonio universal, hace decir magistralmente a don Quijote: «Sábetelo, Sancho, que no es un hombre más que otro si no se hace más que otro».

Paréceme evidente la analogía entre la palabra del genio de ayer y la del maestro de hoy, y eso justifica el título *El Quijote revolucionario*.

Objétame un amigo, a cuyo juicio someto mi trabajo, que el abominable

militarismo actual se apoya en el qui-jotesco discurso ensalzando las armas sobre las letras, y replico: el objeto atribuído a las armas en el pensamiento de Cervantes es la paz, el mayor bien que puede desear el hombre, y los revolucionarios, si abominamos las guerras encaminadas al predominio, la tiranía y la explotación, luchamos, y en tal concepto recurrimos a la fuerza y a las armas, porque, conociendo la grandeza y la inmanencia del derecho,

tenemos presente que un estadista del siglo pasado, especie de santo padre de la Iglesia del Privilegio que azusaba a los burgueses diciéndoles: «¡Enriquecéos, enriquecéos!» dijo también como justificación de los usurpadores e insulto a los proletarios desheredados: «El derecho no es nada cuando no se cuenta con la fuerza para que prevalezca».

ANSELMO LORENZO

## Historia de las ideas morales

### II

La necesidad de la asociación es madre de la moralidad y además del desarrollo de la humanidad. No hay discusión posible sobre este punto.

Desde el origen, como lo demuestra Bagehot, el progreso más sencillo y más elemental *del hombre* ha necesitado para desarrollarse de la cooperación *de los hombres*. Lo que un hombre y una familia pueden inventar para sí mismos es muy limitado. Además no pueden asegurar lo que pueden producir; no pueden gozar de ello con seguridad. Por mucho que se penetre en las profundidades de la primitiva historia, no se hallan en parte alguna huellas de progresos aislados. El esbozo más grosero de sociedad, la tribu más elemental, la coordinación más débil tienen tal superioridad sobre el hombre solo, que éste debió cesar pronto de vivir en la soledad. Y como las tendencias hereditarias se dirigen cada vez más hacia la asociación, ésta ha llegado a ser el principio orgánico de la moral natural y humana.

«La sociedad—dice Espinas—progresas por efecto de una extensión creciente de los sentimientos simpáticos, y a menos que el interés se sobreponga, es preciso que la piedad, la generosidad y el amor intervengan constantemente para impulsar a que dé un paso la solidaridad humana. La inteligencia puede abrir la vía, pero no da el impulso; toda virtud es espontaneidad en su raíz».

Hemos sentado sumariamente que la moralidad tiene su principio, no en una revelación o en un imperativo categórico cualquiera, sino en la *asociación*. Si quisiéramos remontarnos a la más alta explicación de la socialidad, llegaríamos a preguntarnos si esta tendencia que lleva al hombre a unirse con sus semejantes, a identificarse con todo lo que vive o existe, tiene su origen en la gran ley de atracción universal que rige y hasta constituye toda materia,

Esta inclinación es innegable; el ser más egoísta no concibe la vida sin el universo: el no-yo, la unión, la asociación son las condiciones mismas de la vida.

La naturaleza misma de las cosas, la unidad fundamental del mundo lo quiere así. No somos más que la forma pasajera de una fracción infinitesimal del gran todo a cuyo seno volveremos. Y la moral, que marcha en razón de la agrupación, que es el efecto más inmediato de la ley de gravitación, dimana de la gran ley de atracción universal aplicada a los organismos vivientes. Está, pues, contenida, implicada en la constitución misma de toda materia.

Henos aquí lejos de todos los misticismos y de todos los dogmatismos, cualesquiera que sean.

«La moral—decimos con André Lefevre—no es más que logomaquia

cuando el deber no está fundado sobre el derecho, el derecho sobre el interés, el interés sobre la necesidad, la necesidad sobre lo necesario al organismo individual y social».

Pero henos también lejos del amoralismo: la moral nos aparece como un hecho, un hecho natural, fisiológico, orgánico, idiosincrásico.

Recordamos a este propósito el ingenioso y profundo diálogo que Fenelón pone en boca de Ulises y de Grillus. Éste, a quien Circeo había convertido en cerdo, no podía resolverse a tomar su forma primera, y Ulises trata de decidirle:

«ULISES.—Por poco corazón que tengas, serás dichoso volviendo a ser un hombre.

»GRILLUS.—No lo intentaré. El oficio de cerdo es mucho más lindo.

»ULISES.—¡Tal vileza no te horroriza! ¡Si no vives más que de basura!

»GRILLUS.—No importa. Todo es cuestión de gustos.

»ULISES.—¡Es posible que tan pronto hayas olvidado cuanto de noble y ventajoso tiene la humanidad!

»GRILLUS.—No me hables de la humanidad; su nobleza es puramente imaginaria.

»ULISES.—Pero no tienes en cuenta la elocuencia, la poesía, la música, la ciencia...

»GRILLUS.—Mi temperamento de puerco es tan dichoso, que me eleva sobre todas esas cosas bellas. Prefiero gruñir á ser elocuente como tú.

»ULISES.—Declaro que no puedo admirarme lo suficiente de tu estupidez.

»GRILLUS.—Es natural que un cerdo sea estúpido. Cada uno ha de conservar su carácter».

Inmejorable demostración de la autonomía fundamental de las conciencias, de la vanidad de todo dogmatismo moral, de todo doctrinarismo; demostrando a la vez de igual modo que el amoralismo es una quimera de metafísico verdaderamente insostenible y que cada cual tiene siempre, a pesar de cuanto haga, su carácter y su moral, sus ideas directrices de la con-

ducta. Grillus, lo mismo que nuestros amoralistas, no es amoral; *tiene una moral...* de cerdo.

Ha de tomarse como regla de pensamiento que no hay seres permanentes ni entidades inmutables, sino que todo se mueve, se desarrolla, se disgrega, se reagrega en la eterna transformación; que, por consiguiente, las ideas morales, que tienen por base y medida el hombre mismo, se modifican necesariamente sin cesar, según el estado de los medios y el grado de las conciencias individuales, de conformidad con las leyes de la herencia modificadas por las influencias ambientales.

Pero no por eso dejan de existir y de obrar esas ideas, y su carácter de ideas-fuerzas es capital.

Algunos sociólogos, despreciando la naturaleza psicológica, psíquica, del fenómeno moral, tienden a reducir toda la moral a la ciencia de los hechos sociológicos, a la ciencia objetiva de las costumbres. Para esos objetivistas exclusivos no es ya cuestión de conciencia, de deber, de bien, de sanción íntima, sino de leyes sociales, de costumbres, de ritos, de relaciones económicas. Las razones de nuestros actos no están ya en nosotros, sino en el medio en que evolucionamos y cuya presión invencible sufrimos. La conciencia es un eco, ya no es una voz. Yo interrogué a la conciencia—dice un crítico—y la sociedad responde.

Habría, en consecuencia, un fatalismo moral análogo al fatalismo histórico de Marx, y más aún al fatalismo psicológico que parece haber triunfado, provisionalmente al menos, en el pensamiento científico actual. Se reconstituiría la conciencia moral con sus determinantes sociales. Y la moral no sería ya asunto de conciencia, sino de ciencia, de investigaciones objetivas, de estudios experimentales, y en rigor hasta de laboratorio. La «ciencia moral» desaparece ante la «ciencia de las costumbres».

El alma de la moralidad, sin embargo, es la autonomía. Ser moral es tomar de sí mismo, espontáneamente,

el principio de sus decisiones. Y una concepción que, en apariencia, desdén la iniciativa individual, que parece ver en la conciencia una resultante pasiva, un efecto y no una causa, suscita inmediatamente las más naturales sospechas. El objetivismo moral es el escepticismo moral, es el nihilismo moral.

Pero ¿son fundados esos temores? ¿Puede toda la moralidad ser deducida, o más bien, inducida de la materia social? ¿Basta plantear el medio y la sociedad—el medio y la sociedad *ambientes*,—para que la moralidad sea? ¿No deja el objetivismo de los sociólogos lugar a una interpretación de la realidad por la conciencia individual? ¿Absorbe el problema moral, o por mejor decir, le supone?

Conocida es la concepción de la «naturaleza social», desarrollada por M. Levy-Bruhl. Del mismo modo que tenemos—dice—dos representaciones de la «naturaleza física», una sensible y subjetiva y otra conceptual y objetiva, así también debiéramos tener dos representaciones de la «realidad moral», una en la forma de conciencia y otra en la de leyes naturales. Así como los sonidos y los colores han sido reemplazados por las ondas del aire y del éter, asimismo nuestros sentimientos y nuestras obligaciones habrían de reemplazarse por equivalentes objetivos. Los hechos morales, ordenados entre los hechos sociales, llegarían a ser así objeto de ciencia. La naturaleza moral quedaría sometida al mismo determinismo que la naturaleza física.

Presentada la tesis bajo esta forma, es irreprochable y pueden aceptarse todas sus conclusiones como la evidencia misma. Los hechos sociales son científicamente determinables; las costumbres, las lenguas, las religiones, todos los productos de la actividad humana son, al mismo título que los fenómenos físicos, regidos por leyes constantes, que se pueden descubrir y formular.

Pero si se ha respondido así a la cuestión *científica*, no se ha respondi-

do a la cuestión *moral*. Ni siquiera se la ha desflorado. En moral no se trata de estudiar los *productos* de nuestra actividad, sino de colocarnos en el momento mismo de su *producción*. No examinamos lo que está planteado, ni siquiera cómo lo planteamos: lo *tratado* carece de interés para nosotros; el *tratar* únicamente nos preocupa. Lo que desaparece con M. Levy-Bruhl, lo que separa intencionadamente, es precisamente para nosotros el punto de vista moral, y la moral está toda en ese punto de vista. Si el sociólogo tiene el derecho de descuidarle, el filósofo, que se ocupa de la psicología moral como del hombre preocupado por el problema de la acción, tiene el deber de retenerle.

Es preciso, pues, restituir a la conciencia el sentido y el lugar que las tentativas objetivistas mal interpretadas o llevadas al extremo amenazaban hacerle perder. La importancia considerable de la ciencia de las costumbres no debe ilusionarnos: ofrece sin duda un punto de apoyo indispensable a la moral; pero no es la moral, ni siquiera la reemplaza. No hay moral sino para y por la conciencia, para el pensamiento reflexivo que toma posición antes de obrar.

La conciencia, única en causa cuando se trata de determinar, de adoptar una decisión, plantea, en efecto, el problema moral, o por mejor decir, reduce todo el problema moral a una sencilla cuestión de posición: posición de la voluntad respecto de los diferentes fines posibles de la acción, actitud que ha de adoptarse en una circunstancia dada. Comparación y evaluación de las soluciones eventuales y elección de la solución preferible; he ahí el problema.

La moral es, pues, una determinación de actitud; la cuestión moral lo es de preferencia y de evaluación. ¿Qué es preferible: matar o no matar? ¿Mentir o no mentir? ¿Qué debo hacer? ¿Qué debo evitar?

Como se ve, el problema moral se distingue sencillamente del problema científico. Un conocimiento objetivo

puede ser necesario para fundar una práctica, pero no le absorbe; pero el objetivismo moral puede crear esa confusión. Los mantenedores exclusivos de la ciencia de las costumbres tienden, aunque negándolo y quizá sin darse cuenta de ello, a eliminar la conciencia pretendiendo ilustrarla. El acto no es más que un hecho como los otros; su aspecto subjetivo no merece apreciación; su relación con la voluntad es ilusoria; su aspecto objetivo es lo único que les interesa. So pretexto de explicar la moral, se la suprime, porque se halla contenida en lo que se separa, en el drama interior de la conciencia que obra, en el «hacer» y no en el «hecho». Si la ciencia establece y analiza hechos, la moral determina valores, fines y métodos. La una hace constar, en una realidad dada, relaciones de causalidad, de hecho a hecho; la otra, en vista de una realidad que ha de producirse, plantea relaciones de finalidad, de hecho a voluntad, o más bien, de voluntad a hecho. La una dice: «Esto es»; la otra: «Haz esto».

De donde se infiere: que la moral es distinta de la ciencia de las costum-

bres; reposa sobre la conciencia y las ideas directivas de la conducta, y procede de la psicología individual y colectiva y de la filosofía. No sustituyamos un problema por otro. Frente al problema moral, no nos colocamos, como los sociólogos, frente a un dato, la naturaleza social. Investigamos los fines preferibles y no, como ellos, los fines que de hecho han sido preferidos. Su punto de vista es perfectamente legítimo, pero a condición de que no se le considere por lo que no puede ser, por un punto de vista moral. Es un punto de vista científico que ilustra la moral, que puede ser llamado a transformarla, pero, que no difiere en nada del punto de vista del matemático, del naturalista. La moral se propone otro objeto, no el de la ciencia de las costumbres, sino el del arte de vivir, de la práctica de un ideal, de una *idea-fuerza*, cuyo poder propio, eficacia y valor no pueden ser desconocidos sin caer en el misticismo mesológico—en la superstición y el absolutismo del medio—, o a lo menos en el fatalismo.

PAUL GILLE

(Continuará)

## Ayer, hoy, mañana

Supónganse ustedes que algún profesor futuro, cumplida ya una profunda evolución social de la humanidad, explique a sus discípulos cómo estaba organizada la sociedad en nuestras épocas, y que les diga, por ejemplo: «En aquella época, nacían dos hombres: los dos se parecían, los dos tenían racionalidad, dos brazos, dos piernas, actitud bípeda, los mismos lóbulos en el cerebro, las mismas cavidades en el corazón; y uno, cuando nacía, recibía su vida asegurada: tenía dinero, a consecuencia de lo cual no tenía necesidad de trabajar, y evitaba una inmensa cantidad de penas; en tanto que el otro, que era completamente igual, no sólo sufría toda clase de penalidades y trabajos, sino que ni

siquiera tenía derecho a habitar en el planeta en que había nacido; si él, por ejemplo, iba a dormir en un pedazo de tierra, aparecía otro hombre que era propietario de ese pedazo de tierra, y lo expulsaba; y si iba a dormir en otro pedazo de tierra que era público, entonces lo encerraban porque era «vago». Ustedes mismos, si se hubieran anestesiado y despertaran en aquella época, aun con el corazón como lo tienen, ¿no sentirían esto como un horror tan grande como los horrores de la antigüedad? Supongamos que en una época futura se explique lo que era la vida sexual en la nuestra: la cantidad de hipocresía, de crímenes, de horrores, de crueldades, de injusticias que en ella estaba envuelta. Su-

pongamos que se explica a los hombres futuros que en estas épocas, como en todas, dada la constitución biológica de la especie, una irregularidad sexual no acarrea al varón absolutamente ningún inconveniente personal, en tanto que a la mujer le producía, además de dolores materiales, una incapacidad o dificultad para el trabajo; inmensa responsabilidad, como ser, la alternativa entre trabajar para alimentar a un hijo o ser asesina; y que, entre tanto, en ese mismo siglo, cuando se producía esa irregularidad sexual, el hombre no era condenado por la sanción de opinión, y lo era terriblemente la mujer. ¿Creen ustedes que la expresión de horror sería menos grande que la que experimentamos nosotros ante las cosas antiguas?

Pero «*in eo vivimus, movemur et sumus*»; y al respirar el absurdo o el mal, nos creamos ese estado de anestesia especial. Es entonces cuando *hacemos teorías*, cuando procuramos *justificar* las cosas, cuando razonamos; y, con el razonamiento, se justifica todo y se prueba todo. Y no nos damos cuenta de que los progresos y los grandes cambios sociales nunca o casi nunca se hacen a consecuencia de raciocinios, sino que lo que cambia es el *estado de espíritu*; algo mucho más hondo que el plano psicológico puramente intelectual. En otros tiempos se daban razones para justificar la esclavitud; y hoy se dan razones para justificar muchas instituciones actuales, que quizás sean poco menos atroces que ella. Hoy, con respecto a las instituciones viejas que han desaparecido, encontramos inmediatamente el raciocinio que destruye aquellos raciocinios; ya encontrarán nuestros descendientes el raciocinio que destruya los nuestros de hoy. Entretanto los cambios sociales no se hacen principalmente por la argumentación, por la teoría: los

hombres cambian de *estado de espíritu*. El tormento no desapareció el día en que los hombres se convencieron intelectualmente de que era malo; desapareció el día en que los hombres no lo pudieron soportar más, por causas de sentimiento, o también por causas si se quiere de orden intelectual, pero más profundas que las que se condensan en fórmulas de discusión. Nos parece muy sencillo el que los antiguos pudieran con la mayor facilidad razonar sobre la esclavitud, y a consecuencia de sus razonamientos, suprimirla. Y bien: las prácticas que tenemos nosotros los hombres civilizados, de exterminar a los pueblos salvajes o semisalvajes que ocupan la tierra que nuestra ambición nacional o comercial necesita ¿son menos horriborasas? ¿Y hay un hombre hoy que no sea capaz de demostrar por el raciocinio que esas prácticas son malas? Y sin embargo, cambian esas prácticas por el raciocinio? En manera alguna: cambiarán el día en que la humanidad no pueda soportarlas más, debido a su perfeccionamiento moral.

Y, de aquí, ¿qué consecuencia práctica se saca? La de que, al juzgar las instituciones sociales, al pensar sobre ellas, o al tratar sobre ellas de cualquier modo, no debemos limitarnos a razonar al respecto, a hacer teorías, a hacer sistemas: a decir: «esto es individualismo», «esto es socialismo», «esto es tal o cual cosa», a poner etiquetas; sino que hemos de esforzarnos en evitar, en combatir por todos los medios esa anestesia adaptativa lógico-moral ¿me entienden? Aun separando la cuestión de si los absurdos o los errores son corregibles, evitar que nos invada esa anestesia que nos impide sentirlos.

CARLOS VAZ FERREIRA

De *Educación Sociológica*, de Montevideo.

---

COMPAÑEROS.—Si queréis ayudar á la vida y difusión de **Renovación** suscribiros y buscadnos suscriptores. Se puede servir desde el primer número sin aumento de precio. El abono de la suscripción en el extranjero es: **2 dólares al año**. Pago anticipado. En Costa Rica: **1 colón trimestre**.



## Para hacer reflexionar

Un espíritu satisfecho del presente no se preocupa del porvenir.

HORACIO



Los personajes de la política, cuando no son merodeadores dignos de la cárcel, me parecen rebaño de hombres adocenados, ignorantes, que han tomado ese oficio por ser el más descansado y lucrativo; los unos intrigantes de aldea que vienen a repetir en el Congreso los mismos *chanchullos* que han hecho en el Ayuntamiento o la Diputación; los otros despechados de la literatura, las ciencias y las artes, que no habiendo conseguido en ellas notoriedad, la buscan en el campo más accesible de la política.

ARMANDO PALACIO VALDÉS

De *Maximina*.



Cuando un hombre dispone de la fuerza, sólo piensa en el abuso.

HENRY ROCHFORT

De *Les Lignes du Temps*.



La revolución que se verifica por medio de la palabra es la mejor, y la que con preferencia admitimos; la que se hace por sí sola, porque es la estable, la indestructible. Por eso a nuestros ojos el mayor crimen de los tiranos es el de obligar frecuentemente a los pueblos a recurrir a la violencia contra ellos, y en tales casos sólo sobre su cabeza recae la sangre derramada; ellos solos son los responsables del trastorno y de las reacciones que siguen a los pronunciamientos prematuros. Sin ellos, la opinión sola derribaría; y cuando la opinión es la que derriba, derriba para siempre; la violencia deja tras sí, al derribar, la probabilidad de la reacción a la fuerza vencida, y que puede ser vencedora mañana.

MARIANO JOSÉ DE LARRA

## El personaje reinante

Conocida es la teoría de Taine relativa a lo que el gran escritor llama el *personaje reinante*. En todo período histórico existe un personaje, real o fingido, que resume y condensa en sí los rasgos y cualidades que constituyen el sello característico de la colectividad de que el dicho personaje forma parte. Pericles en Atenas, César Borgia en la Italia del Renacimiento, Werther en la Alemania de fines del siglo XVIII, son otras tantas individualidades sintéticas, cuya filosofía social puede considerarse como el símbolo de sus respectivos períodos históricos.

A España, como a cualquier otro país, es aplicable la ingeniosa y exacta teoría expresada por el autor de «La filosofía del Arte». El personaje reinante del siglo XII, por ejemplo, fué el Cid. Las rudas costumbres de aquella centuria, su religiosidad, su concepto del honor, su lealtad al monarca, sus supersticiones, sus amores, sus odios.... se suman y concentran en aquel buen burgalés de larga espada, héroe mitad histórico, mitad legendario, á quien la crónica y la leyenda nos presentan ya *ensanchando a botes de lanza* el reino de Castilla, ya arrastrando hasta los piés de su padre ultrajado la cabeza del conde Lozano, asida por la sangrienta melena, ya persiguiendo al traidor Bellido d'Alfos hasta el portillo de Zamora *la vieja*, ya exigiendo a su rey humillante juramento, ya compartiendo su cama con repugnante leproso, ya finalmente, poniendo en práctica cuanto por noble, generoso y honrado tenían los hombres de aquella edad remota.

Tampoco es difícil encontrar el personaje reinante del siglo XVII en el quijotesco caballero cuya fisonomía moral guardan nuestras comedias famosas, y cuyo retrato fijó en el lienzo el pincel de Velázquez al trazar la figura del Marqués de Spinola en el famoso cuadro de las lanzas.

Podrían multiplicarse los ejemplos.

En rigor, puede compararse el personaje reinante a esos ramos que depositados en terrenos salitrosos cúbrense al cabo de cierto tiempo de partículas que les dan el aspecto de arbolillos de cristal; este arbolillo posee esencialmente la mismas cualidades del medio ambiente en que ha sido colocado. Cuando en una sociedad dominan las aspiraciones generosas y los ideales nobles, el personaje reinante es noble y generoso; en las sociedades escépticas y descreídas, escéptico y descreído es el personaje; en los pueblos degradados y corrompidos, degradado y corrompido es; pero cualesquiera que sean sus cualidades, por el hecho de reunir las, de la colectividad tiénesele por un ser superior y ejerce una especie de dictadura sobre la gran masa de espíritus rutinarios.

\* \* \*

No es necesario haber profundizado mucho en el examen de la sociedad presente para advertir la desproporción que existe entre el pensar y el sentir modernos, desordenados y malsanos, y el culto que se rinde a la corrección externa. Todo se sacrifica a la apariencia y a la suavidad en el procedimiento. Debajo de esa corteza, fácil es encontrar el hielo del escepticismo y la falta de conciencia; pero es lo cierto que cuando todo ello no se manifiesta, o mejor dicho, cuando se oculta bajo un exterior pulcro, lo admitimos de buen grado, siquiera además convencidos de la mentira de la apariencia.

Es triste reconocerlo, pero es exacto: la mentira es la base de la mayor parte de nuestras instituciones contemporáneas. Ficciones son los convencionalismos políticos; ficción muchas veces el criterio legal, opuesto al criterio de lo justo; ficciones no pocas de las costumbres a que todos rendimos culto; ficción, finalmente, el rendimiento religioso de que tantos escépticos alardean. Y tan connaturalizados estamos con la mentira, que todos nos dejamos

engañar a cambio de que los demás finjan no conocer nuestros engaños. Lo único que exigimos es que se haga bien la comedia. Como en el teatro, aplaudimos en la vida al cómico que desempeña con arte su papel.

Esta ficción, que se manifiesta en el vestir, en el hablar, en lo que se escribe..., en todo cuanto es exterioridad, sujetándonos a un patrón preestablecido, encerrándonos en un molde inquebrantable, anula todo movimiento espontáneo, recorta todo afecto, mutila toda pasión y convierte la sociedad en algo parecido a esos jardines, «hijos míseros del arte», en que las líneas de una geometría tiránica cercenan sin piedad las galas exhuberantes de la naturaleza.

Víctor Hugo, en su *Piedad suprema*, compadecía a los reyes, esclavos de la razón de Estado; en estas épocas de democracia todos los hombres, sin duda porque somos reyezuelos, estamos sujetos a esa ley del bien parecer, que es tan tiránica como la que esclaviza el libre albedrío de los soberanos. ¿Sentimos el alma desgarrada? Pues hay que ocultar nuestra angustia bajo la máscara de la sonrisa: el dolor afea. ¿Nos invade el corazón la alegría? Disimulémosla; toda expresión sincera de nuestros afectos es de mal gusto. No nos indignemos, no nos dejemos llevar jamás de nuestros impulsos por nobles y generosos que sean: la corrección, el bello gesto, el morir graciosamente, esa es la consigna. Lo que de estos preceptos se aparta, es objeto de burla, de tal suerte, que al arrebatado oratorio llamamos declamación; a la sensibilidad, sensiblería; a lo delicado, pueril; a la indignación, brutalidad.

Han pasado ya los grandes triunfos de la oratoria; la palabra de fuego que arrastraba a las multitudes, la grandilocuente imagen, el apóstrofe ciceroniano, son vejezes olvidadas. Veneno en vaso dorado es la oratoria que más se ensalza; el eufemismo y la perifrasis se emplean para lanzar los más sangrientos agravios, y no es ya el perfecto orador el *vir bonus dicendi peritus* de otros tiempos, sino aquél que más

injurias sabe encerrar entre las suavidades de lenguaje de una retórica «felina». En las relaciones todas de la vida, alardes de sentido moral, traer siempre en los labios protestas de virtudes cívicas y de rectitud catoniana, mas, por debajo de esta dorada superficie, ausencia total de sentimientos generosos. En el fondo, lucha desesperada para alcanzar las satisfacciones del egotismo, pero sujeta esta lucha a las reglas de una esgrima implacable y ceremoniosa, semejante a la de esos lances de honor en que dos adversarios que van a batirse a muerte, se saludan con afectada cortesía.

El arte, en sus diversas manifestaciones, ni apasiona ni interesa. El idilio, ¡qué simple! El drama, ¡qué espeluznante! La novela trascendental, ¡qué pesadéz! Lo que hace reír, lo que no preocupa el pensamiento, lo que no trae ni violentas sacudidas al corazón, ni lágrimas a los ojos, ni graves meditaciones a la mente... Eso es lo que impera. Nada de escuelas, ni de cenáculos, ni de pasión... Todo acompasado, y todo irónico. ¡Tiempos aquellos en que una novela dividía en bandos a los lectores y en que un estreno era una batalla!...

Hoy todo ha cambiado; ni se aplaude, ni se silba; ni el entusiasmo, ni la cólera... Esto es más culto, es de mejor tono; pero es desolador para el arte. Un gran escritor lo ha dicho: «Más insensible que un corazón de granito es un corazón de palo...; y en la sociedad y en el público, por consiguiente, abundan los corazones de palo.»

A donde quiera que se vuelve los ojos se encuentra el mismo monótono aspecto de correcta frialdad. Y sin embargo, nada existe más noble que lo sincero. Felices aquéllos que no contaminados por el ambiente de convencionalismo que, como el aire, por todas partes nos rodea, ríen con la risa franca y sana del contento, o lloran con violento sollozo cuando su corazón padece. Honrado es quien lealmente manifiesta sus agravios, quien con valor llama traición a la traición, quien no oculta sus rencores, quien de

frente combate y por el pecho y cara a cara hiera a su contrario; no el que mata ocultando el puñal entre ramo de flores.

Siendo la mentira ley de la vida presente, el personaje reinante de nuestro tiempo, el figurín de nuestra *moral* será aquel que mejor encierre bajo apacibles y *correctas* apariencias la malicia o perversidad de su espíritu. Vedle: es el Fulgencio de «Consuelo»; su atavío es irreprochable; sabe que el buen corte de una levita ejerce más influjo en la sociedad que una conciencia recta. No temáis que se le altere el rostro con los rasgos de la indignación o de la cólera. No desafinará nunca: tiene siempre en los labios estereotipada la sonrisa, pero no os fiéis, su sonrisa es máscara. Si le habláis os contestará con frase melíflua acariciándoos la mano o abrazándoos cariñosamente. ¡Cuidado! Acordaos de que Judas besaba a Cristo para entregarle. No hagáis caso de sus halagos; detrás de esas flores hay aceras de espinas. Hablará quizá de patria, de moral, de virtud... Canto de sirena, voces que están en los labios, pero que no tienen raíces en el corazón.

Su moral es la del Código: la ley escrita, su sola ley; la otra, la grande, la que consiste en renunciar nuestros derechos en pro de los demás, la que es sacrificio y abnegación... ¡Oh! de esa moral y de esa ley el personaje reinante sólo conoce los nombres.

El vulgo suele inclinarse respetuosamente ante los hombres que mejor representan ese estado de las almas; se ha dicho que la muchedumbre es un viejo Narciso que se complace en ver reproducida su propia imagen, y como el personaje reinante la copia, la multitud se inclina ante él y llama a su astucia talento, y virtud, a su hipocrecía. El tiempo, al cabo, arrancará a esos monarcas de ocasión sus prestadas insignias; aparecerán como son, como cómico de la legua cuando se despoja de su corona de cartón y de su cetro de caña...

¿Es responsable en absoluto el personaje reinante de sus malas cualidades? Quizás menos de lo que se cree: es en cierto modo un producto; es el arbolillo que ha recogido todos los átomos de mentira que flotaban en torno suyo; es el escepticismo moderno hecho carne.

ZEDA

## Sabiduría de niños

### La religión

NIÑO.—Mamá, ¿por qué se ha puesto hoy la criada su blusa festoneada?... ¿Por qué me ha puesto á mi este vestido tan hermoso?...

MADRE.—Porque hoy es un día de fiesta y debemos ir todos a la iglesia.

N.—¿Qué fiesta?...

M.—La Ascensión del Señor...

N.—¿Qué quiere decir Ascensión del Señor?...

M.—Quiere decir que este día nuestro Señor Jesucristo partió al cielo.

N.—No comprendo lo que quieres decir con «partir al cielo».

M.—Quiero decir que nuestro Señor Jesucristo voló al cielo.

N.—¡Ah! ¿Voló al cielo?... Pero cómo, ¿sobre alas?...

M.—No sobre alas... Simplemente... Sin alas... Porque El es Dios, y Dios lo puede todo...

N.—¿Pero adónde pudo volar?... Papá me ha dicho repetidas veces que el cielo no es más que algo aparente y fatuo a la vista... Que allí hay solamente estrellas, y detrás de las estrellas que vemos hay otras invisibles para nuestros ojos. Y que el cielo no tiene fin... Adonde, pues, pudo volar?...

M. (sonriendo).—Hay cosas, hijo mío, que uno no puede comprender, pero que, todos debemos creer.

N.—¿Por qué?...

M.—Porque otros nos lo dicen...

N. (meditando).—Porque otros nos lo dicen... Pero tú misma me dijiste

una vez... ¿te acuerdas?, cuando yo te dije que alguien de la familia moriría pronto, porque la criada al servirnos la cena, dejó caer la sal al suelo, tú me dijiste que yo no debía creer todas las tonterías que se me decían...

M.—Claro que no debes creer todas las tonterías que la gente te cuenta...

N.—Sí pero, cómo hacer para distinguir lo que son tonterías de lo que no lo son?...

M.—¿Cómo? creyendo en la Santa

Religión, en la Religión verdadera...

N.—¿Y cuál es la Religión verdadera?...

M.—La nuestra...(Aparte): Me parece que yo misma empiezo a decir tonterías... (En voz alta, a su hijo): ¡Véte! ¡Véte, dí a papá que venga que ya es hora de ir a la iglesia a oír misa!

N.—¿Pero al salir de la iglesia me comprarás chocolate, verdad?

LEÓN TOLSTOI

## El valor alimenticio de los dulces

La afición del niño hacia toda clase de dulces es tan universal y se halla tan reconocida, que causa verdadera sorpresa ver, que hasta hace poco no se haya estudiado la gran significancia fisiológica que tiene este deseo. En la actualidad existen muchos médicos que firmemente creen que la naturaleza no es un guía tan peligroso como se ha supuesto, y que esa afición universal hacia los dulces debe considerarse como un signo muy significativo de una necesidad fisiológica. En su notable obra sobre *Alimentos y Dieta*, el Profesor Robert Hutchison dice, que los hidratos de carbono son probablemente el elemento más importante de la energía muscular y que el azúcar, por razón de la facilidad y rapidez de su absorción, es sin duda substancia más a propósito y de mayor valor para la economía que cualquiera otra del grupo de los hidratos de carbono.

Los guías suizos, como asimismo los exploradores de las regiones árticas hace tiempo que saben apreciar el valor de ciertos alimentos dulces, como el chocolate; y de la misma manera, las numerosas pruebas que durante un período de cinco semanas se han llevado a cabo en las maniobras del ejército alemán, han probado, de modo evidente, que los soldados a quienes se les daba diez terrones de azúcar además de su ración diaria, marchaban mejor y sufrían menos hambre, sed y fatiga que aquellos

otros compañeros a quienes no se les proporcionó la adición de la citada substancia. El oficial facultativo encargado de llevar a cabo estas investigaciones, recomienda que la cantidad de azúcar administrada a cada soldado diariamente no debe ser menor de 60.00 gramos, y son asimismo numerosísimos los ejemplos citados por Steinitzer, Pettenkofer, Ziemsten, y otros notables investigadores respecto al valor que el azúcar tiene como un reconstituyente del sistema muscular. El mismo Profesor Hutchison, en su citada obra aconseja el azúcar para los jugadores de pelota, durante la época de descanso.

Otro argumento de gran fuerza respecto al valor del azúcar, consiste en la propiedad que tiene esta substancia para combatir la afición, a veces tan desarrollada, por las bebidas alcohólicas, pues es un hecho comprobado que toda persona adicta a los estimulantes alcohólicos, casi siempre no es aficionada a los dulces. Al referirse el Profesor Hutchison a la relativa baratura del azúcar, dice que debe considerarse este detalle como de gran importancia para la salud y mejor desarrollo de los niños, puesto que el azúcar proporciona al organismo ampliamente muchos elementos que necesita, y que la carestía de las substancias grasas hace a veces imposible suministrar. Sin embargo, no se debe olvidar que aun cuando el azúcar es un factor de gran importancia para la

alimentación, no puede substituir enteramente a las substancias grasas, y de aquí, que los padres no sólo deben proporcionar a sus hijos suficiente cantidad de dulces, sino que han de procurar también que no dejen de tomar la necesaria cantidad de grasa, y con dicho fin hay que obligarlos a comer mantequilla, aceites, carnes o nueces, siendo estas últimas de gran utilidad para aquellas criaturas que experimentan cierta repugnancia hacia las carnes, pues muchas nueces, como se sabe, pueden suministrar grandes cantidades de aceite.

El valor alimenticio del azúcar, puede decirse que quedó bien demostrado mediante los trabajos publicados por dos prominentes escritores en el *British Medical Journal*. El doctor Goulston, publicó en dicho periódico, en marzo de 1911, una interesante comunicación sobre «Los benéficos efectos recibidos directamente por la digestión al administrar el azúcar como alimento en ciertas formas de enfermedades del corazón» y de igual

modo, en el número correspondiente al 19 de abril de 1911 de dicho periódico, aparece un notable trabajo sobre «El uso terapéutico del azúcar» escrito por Sir James Sawyer, quien durante varios años ha empleado dicho agente con extraordinario éxito en el tratamiento de diferentes procesos patológicos. En todos los desórdenes que debilitan el organismo, como también en la anemia, variedades adinámicas del reumatismo, y con especialidad, en las manifestaciones neurasténicas de personas neuróticas, el referido autor dice que administró durante largos períodos el azúcar de caña con marcados beneficios, pues al aumentar el peso y fuerzas de los pacientes, no parecía actuar como un mero nutritivo, sino que debía considerarse como un poderoso tónico en todo el sentido de esta palabra. Sir James Sawyer prescribía a sus enfermos unos 500 gramos de azúcar diarios, encargándoles que lo comieran en cualquier hora del día o de la noche, exceptuando aquellas que precedían a las comidas.—AD.

## De todo y de todos

**¡Trabajemos de dól!**—Con esta expresión seguimos respondiendo a cuantos—más o menos bien intencionados—nos invitan a estudiar a obscuras y a tientas los fenómenos más complejos de la fisiología humana. Jamás, mientras conservemos nuestra virilidad, daremos otra respuesta. Estamos completamente convencidos de que la ciencia actual debe sus maravillosos triunfos a la aplicación de ese principio, tan hermosamente expresado a fines del siglo XVI por Francisco BACON: «La exacta concepción de la experiencia no consiste en imitar los tanteos de un hombre que busca al azar su camino en la obscuridad en vez de esperar la aurora o de encender una luz... La experiencia exige primero un arreglo metódico y de ningún modo caótico de los hechos, en seguida viene la deducción de los principios, punto de partida de nuevas investigaciones».

**Del Esfinge a Cristo.**—Nada que-remos fuera del terreno de las ciencias positivas, repetimos. Sin embargo, a guisa de pasatiempo y en honor de un amigo que veneramos, traducimos textualmente un trozo del prefacio de la recientísima nueva obra de Eduardo Schuré *L'Evolution divine: du Sphinx au Christ* (París, librería Perrín), continuación y complemento de la famosa *Grands Initiés* del mismo autor, en la cual dejaba ya entrever en el esoterismo heleno-cristiano de los primeros siglos «un preludio a la síntesis de la Religión, de la Ciencia y del Arte, que es el problema de hoy y la tarea de mañana»:

«En mis *Grandes Iniciados*, había yo tenido en cuenta y había hecho justicia al movimiento de la teosofía neo-budista, que nos ha revelado, aunque a veces en forma algo turbia, la existencia actual del esoterismo en

India, y que ha representado un gran papel en este renacimiento espiritua- lista que nadie niega ya hoy. Pero, reconociendo ciertamente la impor- tancia capital de este movimiento y la profundidad de la sabiduría indana, yo me separaba, con mi libro, respec- to a un punto esencial. En las obras de la señora Blavatzki y de sus discí- pulos, notoriamente en las de la se- ñora Annie Besant, ilustre y distin- guida presidenta actual de la Sociedad Teosófica, hay una tendencia visible a disminuir la importancia del cris- tianismo y de la persona de Cristo en la historia. Se habla mucho de «cris- tianismo esotérico», pero DEL MODO MÁS VAGO Y MÁS AMBIGUO. SI NO SE NIEGA ABIERTAMENTE LA EXISTENCIA DE JESÚS DE NAZARETH, SE DA A ENTENDER CONFIDENCIALMENTE QUE ES DUDOSA, MÍSTICA Y ADEMÁS SU- PERFLUA. Se encubre, se deslíe, se borra el Cristo histórico, cuyos bri- llantes rayos llenan 2,000 años de his- toria, para sustituirlo con yo no sé que fantasma de un Cristo futuro, cuya próxima encarnación se anuncia y cuya venida se prepara hábilmente, y que sería entonces un producto sutil y un instrumento dócil de la sabidur- ía indana, única detentora del esote- rismo universal...»

**Responsabilidad penal.**—P. Du- buisson, médico del Asilo Sainte Anne, y A. Vigouroux, médico del Asilo de Vaucluse, en Francia, acaban de pu- blicar un estudio (*Responsabilité péna- le et folie*, librería F. Alcan) cuya conclusión general es que al médico sólo debe preocupar, en sus informes médico-legales, la *responsabilidad so- cial* y no la responsabilidad moral. Para los autores, los individuos que deben sufrir las penas más severas, en cuanto a forma y duración del ais- lamiento, son justamente los menos responsables moralmente (los mal naci- dos, etc.) puesto que ellos son tam- bién los incurables o los más difícil- mente curables o los menos *intimidables*.

**Necesidad de mejora.**—Extrac- tamos libremente un artículo de Jean Grave (enero de 1912), escrito con

ocasión de recientes discusiones acerca del papel de las bellas artes en la obra de mejoramiento social:

La intensidad de las convicciones estrecha el campo de visión de los in- dividuos y los conduce, a veces, al sectarismo dogmático e injusto.

Se engañan grandemente quienes se imaginan que la propaganda revolu- cionaria consiste sólo en saturar a las gentes de argumentos económicos, de fórmulas revolucionarias y demostra- ciones sobre la explotación burguesa.

Es un error de psicología creer que los buenos revolucionarios se hacen con palabras o con demostraciones acerca de la posibilidad de un estado social mejor.

Es un error de concepción creer que la cuestión social es únicamente una cuestión de vientre. La cuestión social va más allá del dominio económi- co y abraza toda la actividad humana.

Una revolución que se hiciera sola- mente por las organizaciones obre- ras—según el credo de muchos,—no sería sino un cambio de lugar del ca- pital, abriendo la era de nuevas for- mas de explotación y de opresión. Tal revolución no sería la resolución de la cuestión social.

Para que la transformación econó- mica que nosotros queremos dé todos sus resultados, precisa que sea el pun- to de convergencia de las aspiraciones del individuo a desarrollarse libre y normalmente en medio de sus seme- jantes, con el goce de los mismos de- rechos y, sobre todo, de las mismas posibilidades.

Y a ello no se llegaría con sólo sus- citar en cada individuo la necesidad del confort material y el odio al capi- tal y al patrón. Precisa despertar la necesidad de adquirir la plenitud de todas las facultades.

No decimos que con enseñar la mú- sica, la gimnasia o el baile, se haga la revolución; pero creemos que el des- arrollo armónico del cuerpo trae con- sigo necesidades estéticas y posi- bilidades materiales y consiguientes nuevas aspiraciones. Y es suscitando en los individuos la explosión de «as-

piraciones de mejora»—que la sociedad actual no permite satisfacer—como se les hará buscar un orden social más en armonía con sus necesidades.

**Queremos la revolución en las cabezas y en los corazones.**—Rousseau decía «no libremos al hombre solamente del medio, libremos al hombre del hombre». Y Reclus exclamaba:

«No basta repetir las viejas fórmulas *Vox populi, Vox Dei* y lanzar gritos de guerra haciendo flotar en los aires ruidosas banderas. La dignidad del ciudadano puede exigir, en tal o cual coyuntura, que levante barricadas y que defienda su tierra o su libertad; pero no se imagine nunca que la menor cuestión pueda ser resuelta a la suerte de las balas. Es en las cabezas y en los corazones donde las transformaciones tienen que verificarse antes de hacer entrar en tensión los músculos y de cambiarse en fenómenos históricos».

«No basta gritar *¡revolución! ¡revolución!* para que ya corramos detrás del que nos entusiasma. Es natural sin duda que el ignorante siga su instinto: el toro alocado se lanza sobre un trapo rojo, y el pueblo, siempre oprimido, se precipita contra el primero que se le pone delante. Una revolución cualquiera tiene su lado bueno cuando va contra un amo o contra un régimen de opresión; pero si ella debe suscitar un nuevo despotismo, se pregunta uno si no habría valido más dirigirla por otro camino. Ha llegado el día de no emplear sino fuerzas concientes. Los evolucionistas, arribados por fin al perfecto conocimiento de lo que quieren realizar, tienen que hacer algo mejor que sublevar descontentos y empujarlos sin brújula y sin objeto.—Se puede sostener que hasta ahora ninguna revolución ha sido completamente razonada y que, por lo mismo, ninguna ha completamente triunfado».

**No hay tales transformaciones radicales de la ciencia.**—Recortamos un pasaje del discurso de inauguración del Congreso Nacional de Química Aplicada, pronunciado por el

Profesor *J. Guareschi*, el 23 de septiembre de 1911, en Turín:

No mencionar nunca en la enseñanza los nombres de aquellos que han contribuido al progreso de la ciencia con los descubrimientos más grandes; no citar a los que habrían sido llevados en triunfo si sus investigaciones hubieran sido efectuadas en nuestros días; utilizar lo que un hombre de genio hace, y dejar su nombre en la oscuridad: esto es más que injusticia, es inmoralidad.

Además, quien conociera bien la historia de la ciencia, no podría pronunciar de tiempo en tiempo ciertas frases erróneas o exageradas, como las relativas a lo que se llama *transformaciones radicales de la ciencia*.

Se habla a menudo de las transformaciones radicales sufridas hoy por las ciencias físicas y químicas. ¿Por qué? ¿Será muy cierto? ¿El progreso de la ciencia no es acaso una transformación lenta y continua? Si cada diez o veinte años, las ciencias debieran sufrir transformaciones radicales ¿a dónde iríamos a parar? Esas frases: «Necesidad de transformaciones radicales», «estamos en tiempos de transición y de crisis científica», «la ciencia está en un período evolutivo», etcétera, son frases vacías, señales casi de relajamiento, de relajamiento que no conocen los verdaderos sabios; son frases huecas que pueden impresionar a un público poco científico y que recuerdan la filosofía escolástica, la filosofía verbosa.

¿Qué es lo que han transformado los recientes descubrimientos sobre la radioactividad, sobre las emanaciones, etcétera? Nada. Se ha agregado un nuevo y magnífico capítulo a la ciencia; pero las bases fundamentales son las mismas que en 1800-1811.

El siglo XIX comenzó con notables descubrimientos acerca de la electricidad y de la constitución atómico-molecular de los cuerpos, y el siglo XX ha comenzado con grandes trabajos sobre la naturaleza de la electricidad, sobre la radioactividad y sobre la *realidad molecular*. Cien años después!

# ALMACÉN DE VÍVERES

Tejidos de todas clases,  
Vinos, Licores, Ferretería, Perfumería, etc., etc.

Todo exclusivamente por mayor

# La Alhambra

Esta casa no tiene sucursales

## PAGÉS Y COMPAÑÍA

### FOLLETOS EN VENTA

Céntimos

Aspecto social de la lucha contra la tuberculosis, conferencia por el Dr. Queraltó. . . . .	0.25
El poseedor romano, A. Lorenzo.	0.15
La libertad, Bernardo Lazare. . .	0.10
La Jaula, cuadro dramático, por Luciano Descaves . . . . .	0.25
En tiempo de elecciones, por Enrique Malatesta . . . . .	0.05
La unión revolucionaria, J. Grave.	0.10
La mujer desde el pasado al porvenir, José Sergi. . . . .	0.10
El problema de la población, Sebastián Faure. . . . .	0.10
El individuo y la masa y La Educación de la libertad, A. Pellicer Peraire . . . . .	0.10
La mujer esclava, René Chaughi.	0.05
Palabras de actualidad, por Anibal de Pretti. . . . .	0.15
Ni Dios ni Patria, por Benjamín Mota . . . . .	0.15
Cómo vivimos y cómo podríamos vivir, por William Morris	0.15
¿Dónde está Dios?, M. Rey. . . .	0.10
¡Ser Madre!, por Blanche Leroy.	0.05
A los campesinos. . . . .	0.05

### CANJES DEL EXTERIOR

«Regeneración».—914, Boston Street.—Los Angeles, Cal. (U. S. A.)  
«¡Tierra!» — Apartado 1316. — Habana (Cuba).  
«Tierra y Libertad».—Calle Cadena, 39, 2º, 1ª—Barcelona (España).  
«Les Temps Nouveaux», 4, rue Brocca.—París (Ve) (Francia).  
«Educación Sociológica», Durazno, 182.—Montevideo (Uruguay).  
Agrupación «Tiempos Nuevos», Minas, 259.—Montevideo (Uruguay).  
«Infancia».—Curriales, 14, altos.—Montevideo (Uruguay).  
«Cultura Obrera», 229, West St.—New York (U. S. A.)  
«Despertar».—Durazno, 103.—Montevideo (Uruguay).  
«Freedom».—127, Ossulston St.—London (N. W.)  
«La Acción Obrera». — México, 2207.—Buenos Aires (Rep. Arg.)  
«A Guerra Social».—Casilla Postal, número 1427.—Río Janeiro.—(Rep. Brasil).  
«... hors du troupeau».—29, rue Recouvrance.—Orleans (Francia).  
«Luz y Vida».—Casilla 62.—Antofagasta (Chile).  
«La Protesta», de Buenos Aires.  
«Ideas».—Calle Yaguarón, N° 473.—Montevideo (Uruguay).

## Acusando recibo

**En América.**—Una campaña, por ADOLFO POSADA, profesor en la Universidad de Madrid.—Es la presente obra del ilustre sociólogo español, más que una memoranda de su viaje de estudio por las Repúblicas hispano-americanas, un legado á los españoles y americanos, interesados en los grandes problemas pedagógicos y sociales de nuestros días.

Llamado el sabio maestro por varias Universidades de América del Sur, desempeñó en ellas sus tareas docentes con general aplauso, y al volver á la Patria trajo nuevo caudal de investigación y estudio que desflora en las páginas de este libro, por el cual es posible un conocimiento más exacto de aquellas Repúblicas donde se habla nuestro idioma y en las que hay un ambiente de franca cordialidad hacia España.

El profesor Posada, al estudiar las condiciones de las citadas Repúblicas para la labor de cultura que por España se intenta, hace una obra de ciencia positiva y provechosa, trazando un plan razonado para realizar tan excelente trabajo; pero hace también con este libro algo más hondo al contribuir a crear el común espíritu hispanoamericano que ha de basarse, no sólo sobre el afecto, sino sobre la comunidad científica.

En otro lugar reproducimos unas páginas de tan interesante lectura.

El nuevo libro del señor Posada forma un buen tomo en 8º y se vende á 3,50 pesetas ejemplar en la librería de *Francisco Beltrán*, Príncipe, Madrid, y en todas las de España y América.—AD.

**¡A los jóvenes! ¡A los educadores conscientes! ¡A todos los espíritus lúcidos!**

## L'Atome Fluide

por ARISTIDE PRATELLE, librería Delesalle, 16, Rue Monsieur-le-Prince, París. - Francos: 2

Los compañeros que editan

**¡TIERRA!**

de la Habana, nos han remitido 10 ejemplares para la venta. Número suelto 5 céntimos.

**RECOMENDAMOS  
REGENERACION — ¡TIERRA!  
TIERRA Y LIBERTAD**

**ALBUM RENOVACION.**—Tenemos en venta interesantes tarjetas postales fotográficas, con retratos de hombres célebres. Cada serie vale 2 colones y consta de 10 tarjetas. Está ya lista la primera serie: Eliseo Reclus, Emilio Zola, Francisco Ferrer, Anselmo Lorenzo, Luisa Michel, Miguel Bakunin, Sebastián Faure, Pedro Gorí, Agustín Hamon, Manuel Ugarte.

Los pedidos deben ir acompañados del importe. Extranjero: 1 dolar oro am.

**El primer tomo de "RENOVACION"**—Empastado con sencillez, pero con buen gusto, ofrecemos á nuestros lectores el primer tomo de RENOVACION. Precio de la encuadernación: en San José, ₡ 1.10. En provincias: ₡ 1.25. El precio del primer tomo en el extranjero es de 3 dollars oro americano.

# ALBUM RENOVACION

**COMPRE la colección de postales fotográficas**

# CUESTIONES CIENTÍFICAS

## LA ÚLTIMA NOTA

En algo habían de parar las últimas conmociones sísmicas. El cambio prodigioso del lugar de las tierras, tiene a todo el mundo justamente alarmado.

Gracias a él, ya no necesita uno moverse de aquí para estar en París. Vaya el que quiera a la **7ª Avenida**, número 247, cincuenta varas al Este de la Pulpería de Limón, y se encontrará de buenas a primeras con un **PETIT PARIS**, que es una delicia.

En una casa honorable, abierta sólo a las buenas personas, un chico industrioso ha establecido un salón la mar de comfortable y decente, en el cual le son servidos al visitante por manos invisibles como en los cuentos de las mil y una noches:

**Café** delicioso, del mejor que se produce en esta tierra clásica del aromoso fruto;

**Tosteles** especialmente fabricados por manos de artista en el ramo;

**Helados** como nunca se han hecho en Costa Rica, como que son preparados con leche de la famosa y nunca bien ponderada *Patricas* y hielo de la afamada *Fábrica de Cuestemoras*;

**Comidas** sanas, nutritivas y abundantes, a la hora que se soliciten,

y **Cenas** famaravillosas, sólo comparables a la bíblica cena.

Todo a precios económicos.

Si es usted persona honorable y desea encontrar un rinconcito soñado en donde dar expansión a sus gustos sin que ello le cueste la mitad de su sueldo, vaya al **PETIT PARIS**, que no cierra sus puertas hasta las doce de la noche. Lleve también a su esposa, a sus hijas y á sus amigas. No hallará allí nada que pueda contrariarlo, y sí mucho que pueda seducirlo.

Bueno, ¿contamos con usted?